

JEAN MARC SOURDILLON

Doctor en literatura comparada y escritor

María Zambrano, un pensamiento del nacer

Resumen

El ser humano, porque nace inacabado, es el que espera ser engendrado en el tiempo, es decir, recibir el acontecimiento de su nacimiento de otro que él mismo. No se trata de ser reducido a una idea, sino de aparecer en su totalidad, él y su vida concreta, a la luz. Quiere que lo amemos. Y es mediante el amor que nace en el espacio de una escucha ilimitada a través de la palabra. Este nacimiento es discontinuo, interrumpido por el deseo de existir, es decir, de ser su propio origen. Va de despertar en despertar que sólo son posibles en los momentos en que el yo se quiebra en los fracasos. Es entonces cuando surge el empuje de la esperanza, que produce una nueva figura del yo y provoca el nacimiento. Este pensamiento procede de la lectura de los místicos, pero sobre todo de un conocimiento derivado de la vida, un saber de la experiencia.

Palabras claves

Nacimiento; existencia; esperanza; aurora; palabra; discontinuidad; saber de la experiencia; mística.

María Zambrano: Conceiving being born

Abstract

The human being, because it is born incomplete, is the being which hopes to be generated over the course of time, that is to say to receive from another the event of one's birth. It doesn't mean being reduced to an idea, but to appear whole, oneself and one's embodied life, into the light. One wants to be loved. And it is by loving and by speaking that one is welcomed in the space of an unlimited attention. This is where one comes into being. This birth is discontinuous, interrupted by the desire to exist, or in other words, to be one's own origins. It goes through successive awakenings, which are only possible in these moments where the ego fails and breaks. This is then that the surge of hope arises: it produces a new self and gives birth over the course of time. This conception comes from reading the mystics but above all, a wisdom acquired from experience.

Keywords

Existence; hope; dawn; speech; discontinuity; mysticism.

Quisiera comenzar evocando un recuerdo personal un poco antiguo. La escena tiene lugar durante el nacimiento de mi primer hijo, en un pasillo de la maternidad Baudelocque de París. El médico y las comadronas me habían pedido que saliera un momento de la sala donde se estaba produciendo el parto. Delante de mí había una gran puerta doble blanca, con una señal de prohibido el paso. Conducía a las salas de parto. En este amplio pasillo blanco había mucha luz. Estaba de pie bajo esa luz, delante de la puerta cerrada, y de repente toda mi vida pasada volvió de golpe a mi memoria, justo antes del parto. Y con ella vino la frase que había leído en el diario de Franz Kafka, una especie de pregunta, pero que él formuló como una observación: «Mi vida es la vacilación ante el nacimiento». E inmediatamente después, o más bien al lado, simultáneamente, esta pregunta planteada por María Zambrano en *Claros del bosque*: «¿Despertar naciendo o despertar existiendo?»¹ Una pregunta que era en realidad una respuesta, e incluso una llamada. Me llamaba para que eligiera nacer aquel día, con mi hijo, que continuara mi nacimiento, que lo retomara donde lo había dejado en algún lugar de mi adolescencia. Di vueltas en la luz durante un momento, pasando de una frase a otra, y entonces las puertas se abrieron de repente. Oí una voz que me llamaba por mi nombre y corrí hacia el nacimiento de mi hijo y hacia mi nueva vida. El pensamiento de María Zambrano, y más concretamente su pensamiento del nacimiento, había irrumpido en mi vida.

María Zambrano intuyó muy pronto lo que constituye el núcleo de este pensamiento. Esto ya aparecía en sus primeros escritos publicados, en *Hacia un saber sobre el alma*, por ejemplo. El ser humano, señala, se diferencia del animal porque no nace de una vez. El animal nace de repente como un todo. Ya no tiene que preocuparse por transformarse o mejorarse. El hombre, en cambio, nace incompleto; y en esa incompletitud tiene cabida todo lo que María Zambrano reúne bajo el término genérico de esperanza, que básicamente significa que el individuo quiere aprovechar el tiempo para realizarse, para alcanzar su plenitud, para nacer completamente. Es este deseo el que le sostiene, el que subyace en su vida y se funde con ella. El ser humano es el que tiene que concebirse a sí mismo según el movimiento de su esperanza y por eso tiene la realidad del tiempo... para llegar a ser él mismo.

«La esperanza es, hambre de nacer del todo, de llevar a plenitud, lo que solamente llevamos en proyecto. En este sentido, la esperanza es la substancia de nuestra vida, su último fondo; por ella somos hijos de nuestros sueños, de lo que no vemos, ni podemos comprobar. Así fiamos nuestra vida, en su cumplimiento a algo que no es todavía, a una incertidumbre»².

María Zambrano señala que el ser humano no es libre de nacer como quiera. No es él quien se da a luz a sí mismo. Se trata, dice, de ser engendrado y no de engendrarse a sí mismo

¿De dónde puede venir este engendramiento si el ser humano no es el actor principal? En *El hombre y lo divino*, precisa lo que quiere decir con esta fórmula: «esperar ser engendrado»³. En sustancia, dice, debemos postular la idea de Dios, pero un dios que no se confunda con el dios del tiempo, con Cronos, el padre que devora a sus hijos. Al contrario, hay que tener en mente la imagen de un dios que no pide nada, que no quiere ni exige nada porque no necesita alimentarse

1. Zambrano, M., “El nacimiento y el existir”, *Claros del bosque*, Barcelona, Seix Barral, 1993, p. 23.

2. Zambrano, M., “La vida en crisis”, *Hacia un saber sobre el alma*, Madrid, Alianza, 2000, p. 112.

3. *Ibidem*, p. 112.

para ser un dios que es verdaderamente absoluto, y que sólo promete, sólo ofrece una promesa, la del nacer o del engendrar. «[El] Padre verdadero, escribe, [el] que permite nacer y que ha de estar al principio, al fin y permanentemente sosteniendo al conato ávido de ser, asistiéndole y retirándose»⁴. Uno reconoce la imagen del dios bíblico de la zarza ardiente.

De esta constatación se derivan dos consecuencias. Por un lado, lo divino se retira constantemente, se repliega para dejar al ser humano el espacio para proyectarse y permitir que advenga. Recordemos la visión de Isaac Luria y su comentario por Hans Jonas, en *El concepto de Dios después de Auschwitz*. Por otra parte, para que el ser humano sea engendrado, es decir, concebido de manera única, en una singularidad absoluta, y no sólo reproducido idénticamente según el modelo de la especie, algo oscuro y central tiene que resistir en él. Ese algo sentido, profundamente vivo y palpante, tiene que resistir a la vez a la generalidad de la abstracción y a la absorción en el tiempo, a la dimensión exclusiva de la especie y al agotamiento de las fuerzas necesarias para la sola supervivencia biológica. Y esta resistencia será él, el individuo humano que nace. Tendrá que desarrollar, desplegar y realizar aquello que late y resiste en su interior, ese núcleo oscuro de la existencia singular.

Para justificar su intuición, María Zambrano contrapone las cosmovisiones griega y bíblica. Para los griegos, se trata de alcanzar una especie de transparencia a través del pensamiento, donde el ser del hombre coincide con la idea que lo hace visible en el mundo inteligible, en el mundo de la luz. En otras palabras, se trata de convertirse uno mismo y su vida en una idea, de abstraerse del tiempo. Pero el individuo, desde su experiencia, desde el conocimiento intuitivo que tiene de sí mismo y de su propia vida, siente que algo, algo esencial en él, no se puede encontrar «ese hecho escueto de haber nacido y palpitado solo, igualmente en las tinieblas que en la luz»⁵, dice María Zambrano. Esta oscura percepción que el ser humano tiene de sí mismo se resiste a cualquier captación por parte del concepto. Un núcleo permanece inquebrantable, una especie de coágulo de opacidad dentro del cristal, una mancha o eclipse en el reino de la luz generalizada. Algo del orden del deseo y del sollozo, de la promesa y de la angustia, donde el individuo se reconoce como singular y que se manifiesta como punto de partida de su deseo de nacer, es decir, de aparecer enteramente a la luz, él mismo y su vida concreta como vida singular, compleja e insustituible.

Ya no se trata de inteligibilidad, ya no se trata de aparecer como idea y ocupar su lugar en un orden abstracto que legitima la existencia en el nivel general del concepto. Uno quiere ser comprendido y, más exactamente, ser comprendido en un amor; uno quiere, dice María Zambrano, «commover a Dios»⁶. Porque el amor está fundamentalmente relacionado con el misterio de la singularidad individual. Es amando como uno avanza, como uno se transforma en su vida, como uno persigue su nacimiento inacabado, y es siendo amado, es decir, siendo comprendido, pensado y deseado en su singularidad, como este nacimiento se realiza, como avanza hacia su culminación.

En *De la Aurora*, María Zambrano retoma este análisis del nacimiento borrando la dimensión de lo divino demasiado explícita, demasiado conceptual a sus ojos,

⁴. Zambrano, M., «Tres Dioses», *El hombre y lo divino*, Madrid, Alianza Editorial, 2020, pp. 153-162.

⁵. *Idem*.

⁶. *Ibidem*, p. 147.

al menos no la nombra, dejándola incierta, sustituyéndola por el motivo mucho más vago, y por tanto abierto, de la escucha. El deseo de nacer, de aparecer plenamente en la luz, se confunde entonces con el deseo de decir. Y en este deseo, es la expectativa, la loca esperanza de una escucha en alguna parte.

«El decir que advertimos en todo ser viviente, como apetencia, y aun desesperado anhelo, presupone no una acción, ni menos aún un algo, sino un alguien, un alguien que escuche cuando todavía no se sabe tan siquiera qué es lo que va a decirse; cuando llegado el momento de ser escuchado ni entonces se sabe lo que se quiere decir». ⁷

En el decir que toma la forma de una mirada, una mirada implorante, el individuo aguarda la presencia del rostro que le hará nacer. Es a través de las palabras como nacemos, dirigiéndonos a alguien a quien no conocemos, pero cuya presencia presentimos y cuya escucha postulamos que nos acoge para que podamos desplegarnos por completo.

Para María Zambrano, el nacimiento no se produce de una sola vez al principio; es un proceso que se prolonga a lo largo de la vida y continúa de forma discontinua. El ser nace a trompicones. Va de acontecimiento en acontecimiento o, por decirlo a su manera, de claro en claro. Estos acontecimientos no son del orden de la acción, sino de la contemplación. No son sensacionales ni llaman especialmente la atención, al punto de a veces pasar desapercibidos para quien los experimenta. Son, nos dice María Zambrano, simples momentos de vigilia. Se viven como la experiencia de una especie de revelación. Al deseo de ser, a esa hambre que anima al individuo de producirse en la luz que lo revelaría, a esa «doble promesa» se le ha hecho de «ser concebido y de irse al par concibiendo enteramente, aunque no se vea el término ni la meta»⁸, se da una respuesta. Esta respuesta consiste, en cierta manera, en percibir la luz plena o, más exactamente, en el redescubrimiento de la presencia de un amor preexistente, de una mirada puesta sobre nosotros, que nos acoge, nos acepta y nos sostiene sobre las aguas tumultuosas de la vida, que nos ayuda a atravesar la angustia.

De este acontecimiento de la contemplación, María Zambrano dice que se presenta como «un instante de experiencia preciosa de la preexistencia del amor: amor que nos concierne y que nos mira, que mira hacia nosotros»⁹.

En esos momentos el individuo se vuelve enteramente disponible, todo le afecta, todo le commueve, todo le parece ser una revelación, siempre que lo acoja en su estado naciente, y todo participa con él en ese movimiento que le lleva a continuar su nacimiento. Iluminado sin ser deslumbrado, el que nace prosigue entonces su ascensión en el tiempo transformándose y asemejándose a una aurora.

Pero una experiencia así no dura. Es interrumpida constantemente. En primer lugar, porque la vida de la conciencia es esencialmente discontinua: no estamos siempre despiertos o lúcidos, no podemos estarlo continuamente... En segundo lugar, porque tenemos una concepción errónea de la libertad, basada en la voluntad y la atracción del poder. Para nacer, para despertar en el nacimiento, dice María Zambrano que hay que consentir el abandono, no luchar, confiar y permitirnos amar. Pero precisamente esto es lo difícil. Nos apartamos constantemente

7. Zambrano, M., «La Mirada y el decir», *De la Aurora*, Madrid, Tabla Rasa Libros y Ediciones, 2004, p. 75.

8. Zambrano, M., «El nacimiento y el existir», *Claros del bosque*, Barcelona, Seix Barral, 1993, p. 24.

9. *Ibidem*, «El despertar», p. 21.

del movimiento que nos arrastra, del amor que nos desborda, porque lo que queremos no es nacer, sino existir. Es decir, extraer de nosotros mismos la figura de nuestro yo, la forma de nuestra vida, no depender de otro para ser. «La existencia», escribe, «surgida de la pretensión de ser por separado deslumbra y ofusca al individuo naciente que sin ella sería como una aurora»¹⁰. De este modo, volvemos constantemente al adolescente que fuimos, que se empeñaba «en disponer de sí mismo antes de que el amor disponga de él»¹¹. Volvemos constantemente a ese momento decisivo de nuestro pasado en el que no tomamos la decisión correcta, prefiriendo la existencia al nacimiento, el ejercicio del poder al abandono al amor. De ahí la discontinuidad de nuestro nacimiento.

Entre estas dos actitudes contradictorias ante la vida, está la alternativa primordial y la pregunta a la que debemos responder un día ante las puertas dobles cerradas de una maternidad parisina: ¿quieres nacer o existir? ¿Quieres utilizar esta libertad para convertirte en el origen de ti mismo, para hacer de ti el patrón, el instrumento de medida de los acontecimientos que te suceden, para moldearte según el proyecto que te has dado? ¿O quieres dejar que el acontecimiento que te sucede, siempre que estés lo bastante abierto, lo bastante disponible para acogerlo, te reordene, te oriente, te refigure según su orden, que no es necesariamente el tuyo? Esta segunda propuesta de existencia no está exenta de un cierto riesgo, el de una vulnerabilidad elegida, asumida (María Zambrano diría una «pasividad»), y encuentra sin duda su principal ejemplo en la vida y la poesía de San Juan de la Cruz. De este modo, se van perfilando los lineamientos de un «método de la vida poética», cuya perfecta ilustración sería el itinerario sensible, existencial y especulativo esbozado en *De la Aurora*. Este libro nos muestra, en forma de visión fragmentada, cómo puede ser el devenir-amanecer del ser que ha elegido dejarse nacer.

Hay dos ejemplos, uno simbólico y otro real, de lo que puede ser un nacimiento acabado en la obra de María Zambrano. El primero es la máscara de Agamenón en Atenas, tal y como se describe e interpreta en *El hombre y lo divino*. Esta mezcla de oro y luz nos muestra qué tipo de plenitud puede alcanzar un ser humano que ha hecho de su vida el lugar de su nacimiento discontinuo. El segundo es el rostro de su hermana, Araceli, justo después de su muerte. En ella, dos rostros se superponen para convertirse en uno: el de la recién muerta y el de la niña que acababa de nacer cuando María la vio por primera vez. Ella ve en estos dos rostros superpuestos, y sin duda con la máscara de Agamenón al trasluz, lo que puede ser un ser humano que acaba de nacer. Incluso su muerte, que lo aparta de la visibilidad, parece iniciar otro tipo de nacimiento. «La muerte y su verdad se nos da así a ver velada por la indefinible y naciente belleza. Y el ser, ése que no volverá más en sí, se hace sentir alejando, palpitando, bajo su velo. [...] Y que un ser divino esté muriendo siempre. Y naciendo. Un ser divino; fuego que se reenciende en su sola luz»¹².

Possiblemente, este pensamiento proceda en gran medida de las lecturas de María Zambrano, y en particular de su lectura de los grandes místicos, como ella misma nos lo dice: Juan de la Cruz, por supuesto, «los místicos de la natividad»¹³ y los «de la nada», como Miguel de Molinos, los sufíes. También podemos preguntar a sus contemporáneos. Pocos hablan del nacimiento. Encontramos

10. *Ibidem*, «El nacimiento y el existir», p. 22.

11. *Ibidem*, p. 23.

12. *Ibidem*, «La aceptación – el velo», p. 132.

13. *Ibidem*, «El nacimiento y el existir», p. 23.

el tema en *La condición humana* de Hannah Arendt («este milagro que salva al mundo»¹⁴), pero en un contexto político. Hay una posible similitud con el pensamiento del filósofo checo Jan Patocka, pero no sé si ella lo leyó y parece improbable un encuentro entre los dos.

Pero me parece que también deberíamos fijarnos en lo que ella ha vivido. Según María Zambrano, de la experiencia vivida se extrae una forma de conocimiento y el pensamiento tiene que constituirse y basarse en este conocimiento. «Primero vivir y después pensar», suele decir. Escribe en *Delirio y destino*: «Obedecer a la experiencia y sólo a ella»¹⁵. El pensamiento del nacimiento pertenece a tal «saber de la experiencia». La enfermedad, la tuberculosis, la derrota de la República española, la guerra civil, el exilio, los sucesivos duelos, son vividos como agonías, pero también como nacimientos, siendo las primeras inseparables de los segundos. En «Carta sobre el exilio», por ejemplo, dice que no le queda nada al superviviente, que ahora flota en la superficie de la historia, sin planes ni puntos de referencia, nada más que eso: nacer.

En las densas y luminosas primeras páginas de *Delirio y destino*, María Zambrano configura la experiencia del nacer, tal y como se vive desde dentro. Da una especie de modelo. Al principio, dice, hay una imposibilidad contra la que choca el deseo de ser. En la prueba del fracaso, es la forma que el yo había adoptado hasta entonces, en su pasado y en su proyecto, la que se deshace, y uno se descubre entonces en su verdad esencial, en su desnudez esencial. Uno no es casi nada, sólo «pequeño y transparente»¹⁶, escribe magníficamente. Pero es precisamente cuando uno no es casi nada cuando nace, y cuando encuentra en sí mismo aquello que le empuja a nacer. María Zambrano da un nombre a ese empuje: esperanza; a ese fracaso, a ese desastre del yo, también un nombre: agonía. El nacimiento surge en el punto de encuentro de ambos, cuando el impulso de la esperanza se topa con lo imposible de la agonía, y que lo imposible devuelve al hombre agonizante a su vida para que vuelva a empezar. Y si lo hace, es según el mismo movimiento de esperanza que le hizo estrellarse contra el muro de lo imposible.

María Zambrano da una definición perfecta de lo que entiende por «esperanza» en *Los bienaventurados* («Las raíces de la esperanza»¹⁷). La esperanza, dice en esencia, es ese impulso libre del espíritu que surge en situaciones que se dicen desesperadas. Es ese movimiento que nos lleva más allá de las circunstancias, creando, revelando a su paso lo que nunca antes se ha visto, dicho o pensado. A diferencia del deseo, no espera nada concreto ni definido, y por eso libera, abre, supera allí donde todo estaba cerrado, definitivo, imposible. El objeto de la esperanza no tiene contorno ni definición, es lo inesperado, lo inalcanzable. En la vida de María Zambrano, la esperanza se siente siempre en el fracaso, en el momento en que, dice, está agonizando. En el sufrimiento que experimenta, la muerte le es entonces negada y este rechazo reactiva su deseo de vivir. Es entonces cuando surge el empuje de la esperanza, como el aliento cuando se lleva mucho tiempo bajo el agua; y es la esperanza la que hace nacer una nueva figura de nosotros mismos, la que desperta nuestro ser y nos hace nacer a lo largo del tiempo.

En *Delirio y destino*, relata un recuerdo. De niña, esperaba con impaciencia la floración de una lila en un jardín de Madrid. Nunca había visto florecer una lila.

¹⁴. Arendt, H., *Condition de l'homme moderne*, París, Calmann-Lévy, 1983, p. 314.

¹⁵. Zambrano, M., «Delirio y destino», en Moreno Sanz, J. (coord.), *Obras Completas vol. VI*, Barcelona, Galaxia Gutenberg, 2014, pp. 862-863.

¹⁶. *Ibidem*, p. 863.

¹⁷. Zambrano, M., «Las raíces de la esperanza», *Los bienaventurados*, Madrid, Siruela, 1990, p. 97.

Quería ver esas flores tan hermosas y embriagadoras. Pero cayó enferma con fiebre alta y, cuando pudo volver a salir al jardín, las lilas se habían marchitado. Su madre le ocultó la verdad, haciéndole creer que ese año la lila era demasiado joven para dar flores. Pero una criada, ignorante de la historia de su madre, descubrió la verdad. Tras sufrir una cruel decepción, la niña acabó por no arrepentirse de nada. Más allá de la decepción que sintió, la lila empezó a existir violentamente en su mente. Empezó a existir, a ser quizás incluso más plenamente que si hubiera podido verla y sentirla. Extrajo algo de sí misma del no ser de la lila. No había podido verlo, así que había empezado a pensarlo.

«En el vacío del amor no cumplido, del árbol no visto, surgía algo: el árbol cada día más real que se había formado en su mente de niña y que no la dejaría nunca: la cifra de una existencia invulnerable»¹⁸.

Y es así, a partir de cada rechazo, de cada negación de sí, de cada fracaso o imposibilidad de ser, como pienso que se constituyó la idea de nacimiento en María Zambrano.

Entre todas las experiencias que ha vivido, hay una de la que nunca habla. La que vivió en su primera juventud y que se desvela a medias en sus cartas a Gregorio del Campo, que han llegado hasta nosotros gracias a María Fernanda Santiago Bolaños. Una especie de secreto, pero que no sé a ciencia cierta si se corresponde con la realidad. Se dice que María Zambrano tuvo un hijo que nació muerto. Sangrienta aurora. La hipótesis que yo formularía, en fin, y con mucha cautela porque es íntima, es que María Zambrano perdió al niño, pero conservó el embarazo; que el hecho de no poder dar a luz le dio vida a ella misma. Y así, a través del pensamiento y la escritura, es como nace ante nosotros, en nuestro presente, y nos ofrece nacer.

¹⁸. Zambrano, M., «Delirio y destino», en Moreno Sanz, J. (coord.), *Obras Completas vol. VI*, Barcelona, Galaxia Gutenberg, 2014, p. 883.



Primer amanecer 195 x 122 cm 1975

PROPIEDAD DEL AYUNTAMIENTO DE RONDA. SE PUEDE VER EN LA CAPILLA JESÚS GONZÁLEZ DE LA TORRE EN RONDA.